

cursó *filosofía* en el seminario de Navarra. Su talento y su aplicacion le conquistaron para siempre el cariño de sus maestros. Las lecturas de Homero y de Virgilio, de los otros Clásicos, despertaron en él una gran aficion á la literatura; las santas Escrituras y los Padres predispusieron su alma para el desempeño de la predicacion.

A la edad de diez y seis años, Bossuet era admirado por sus raras dotes, y se hacia oír con éxito superior á todo encomio ante los amigos del marqués de Feuquieres, su protector. Ordenado de sacerdote en 1652, pasó á Metz, donde hizo sus primeros ensayos con tanto fruto, que muchos protestantes, oyéndole, abandonaron sus errores. Su fama le obligó á obedecer al rey, que le llamó á la corte, y le hizo predicar la Cuaresma del año de 1659; siendo desde aquel momento tanto el entusiasmo que produjo su nuevo estilo, que se vió precisado á multiplicarse para dar gusto á los que de todas partes le buscaban para encargarle sermones.

Durante diez años ejerció Bossuet el ministerio de la predicacion, que abandonó despues para dedicarse á otros trabajos. Habiendo sido nombrado Obispo de Condom en 1669, y preceptor del Delfin en 1670, compuso el *Discurso sobre la historia universal*, la *Política de la sagrada Escritura*, el *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo*, la *Historia de las variaciones*, los *Avisos á los protestantes* y otras muchas obras. No volvió á predicar en la corte, sino en las grandes solemnidades, y para pronunciar aquellas famosas *Oraciones fúnebres*, que en los tiempos posteriores se han considerado como el principal fundamento de su gloria. El mismo Bossuet, al dar principio al discurso que pronunció con motivo de la profesion de la señora de La Valliere, dice: «Rompo

en este momento un silencio de largos años, y hago oír una voz que los púlpitos no conocen ya.

Bossuet hizo dimision del obispado de Condom dos años despues de haberlo admitido, con el objeto de dedicarse completamente á la educacion del Delfin; pero habiendo sido nombrado Obispo de Meaux en 1681, ejecutó, despues de la muerte del gran Condé, lo que habia anunciado al terminar la oracion fúnebre de este príncipe, dedicándose esclusivamente al cuidado é instruccion de la diócesis que la Providencia le habia confiado. Era un tierno espectáculo ver al gran Bossuet trasladado desde la capilla de Versailles á la iglesia de un pueblo, enseñando á los labradores á llevar con paciencia sus penalidades, y reuniendo con cariño alrededor de sí á sus hijos para esplicarles los principios de la fé.

En medio de estos trabajos de caridad pastoral terminó su vida el 12 de Abril de 1704, honrado con las lágrimas de toda la Iglesia, que conservará grata y eterna memoria de su doctrina, de su elocuencia y de su adhesion á la fé; y que hasta cierto punto ha aceptado el elogio que de él hizo La Bruyere, cuando al nombrar á Bossuet en su discurso de recepcion en la Academia francesa, exclamó con un entusiasmo, de que participaron sus oyentes: «Hablemos con anticipacion el lenguaje de la posteridad; Bossuet es en verdad un *Padre de la Iglesia*».

Sermones de Bossuet.

«Lo que llama principalmente la atencion en los sermones de Bossuet, dice el A. Henry, es el vigor constante que caracteriza su estilo. Desde el exordio, desde la primera frase, ya

nos ofrece su genio en acción; no hay fórmulas triviales, ni comentarios de ideas ajenas; ni citas enojosas; ni esterilidad; ni redundancias.

— Cuando una repentina vehemencia exalta al gran orador; parece que nos sintamos trasladados á una región desconocida: ignoramos entonces de dónde toma sus expresiones y sus ideas: su estilo, siempre nuevo, siempre grande, siempre natural, nos apasiona é inflama: su entusiasmo derrama por todas partes á torrentes la luz; y se hace imposible leerlo sin sentirse subyugado bajo el peso de tanta magnificencia y esplendor.

— Muchas veces no basta detenerse, es forzoso leer de nuevo aquellos sublimes pasajes, descomponerlos en cierto sentido, para alcanzar parte de la magnitud de su mérito. Es menester que el lector conmovido, turbado y fuera de sí, contenga los latidos de su corazón, enjague sus lágrimas y alivie su imaginación. Contraída por medio del análisis cierta familiaridad con los impetuosos vuelos del orador, es como únicamente pueden adivinarse los admirables registros que han producido tan sublimes impulsos. ¿Qué vemos cuando desde cerca observamos el mecanismo de la elocuencia de Bossuet? Espone, establece ante todo el asunto; se apodera desde un principio de nuestra atención por la novedad ó por el interés de su plan: este es el momento de la razón. Acto continuo sienta los principios, robustece las pruebas y consigue la convicción de los que le escuchan. De repente su genio toma vuelo y nos arrebató, nos conduce al término de sus deseos, al límite de su voluntad. Desde este momento el orador prescinde de todo razonamiento abstracto y toda discusión reflexiva: no aspira más que á conmover; y si por ventura se detiene en una máxima grande y nueva, esta queda gra-

bada fuertemente en nuestra alma, hasta parecernos el resultado de nuestras propias ideas. Nunca este gran hombre busca el sublime; pero lo halla en cierto admirable descuido que lo caracteriza. Su expresión, casi siempre metafórica, aunque las mas veces sencilla hasta la familiaridad, despierta fuertemente la atención: es una palanca de que se vale para mover y abatir todo lo que pudiera contradecirle.

— Algunas veces su elocuencia se agota al parecer; pero si reflexionamos un solo instante, admiramos desde luego una idea sublime, agradeciéndole que no nos haya distraído llamando hácia otra parte nuestra atención. Si advierte que nos separamos de él, de pronto se inflama, y nuevas bellezas vienen á despertar nuestra alma. Entonces es cuando, después de haber hecho una exacta descripción de las miserias del hombre, se eleva sobre sí mismo esclamando con aire de triunfo: «¡Ah! Nada somos.» Entonces es cuando para pintar los errores de la ambición, nos muestra esta imagen tan horrible como verdadera: «Llegamos por fin al sepulcro, arrastrando constantemente en pos de nosotros la larga cadena de nuestras esperanzas frustradas.» Entonces es cuando, instruyendo á los reyes, les dirige con imponente sencillez aquellas notables palabras para exhortarlos á castigar el crimen: «Estended vuestros largos brazos, buscad á los malvados, procurad alcanzarlos hasta en las estremidades de vuestro imperio.» Entonces es cuando, conduciendo al hombre por la escuela del sepulcro, le dice con el acento de la mas grande consternación: «¡Oh muertel te doy gracias por las instrucciones que nos comunicas.» Entonces es cuando, levantando el peso de las mercedes desatendidas, pregunta: «¿De dónde pensais que Jesucristo hará salir las llamas para devorar á los cristianos

ingratos? De sus altares, de sus sacramentos, de sus heridas, de ese costado abierto en la cruz para servirnos de fuente de infinito amor. De ahí es de donde saldrá la indignacion de su justo furor, mucho mas implacable por haber sido alimentado en el manantial mismo de las gracias.» Entonces es cuando, al hablar de la entrada de Jesucristo en Jerusalem, enriquece con una magestuosa comparacion aquel cuadro muy difícil de reproducir: «Entre todas las grandezas del mundo, nada hay tan brillante como un dia de triunfo. Roma, en medio de toda su grandeza, no tenia nada superior á ese dia, y sé por Tertuliano que, cuando aquellos ilustres triunfadores caminaban con tanta pompa, temiendo que se elevasen sobre la condicion humana, un esclavo que iba detrás tenia obligacion de advertirles que eran hombres. Pero el triunfo de mi Salvador está muy distante de esa gloria. En vez de advertirle que es hombre, me siento mas bien movido á recordarle que es Dios: me parece en efecto que lo ha olvidado.» Entonces es, en fin, cuando el sublime principio del Libro primero de los Macabeos suministra á su elocuencia otro contraste todavia mas magnífico entre Alejandro y Jesucristo. «Escuchad, dice, cómo la historia santa habla de aquel gran rey de Macedonia, cuyo nombre mismo parece que respira victorias y triunfos: *En aquel tiempo, Alejandro, hijo de Filipo, derrotó ejércitos casi invencibles, tomó inespugnables fortalezas, triunfó de los reyes, subyugó pueblos; y toda la tierra enmudeció en su presencia sobrecogida de terror y de asombro.*» ¡Cuán soberbio y augusto es este principio! oíd ahora la conclusion: «*Y despues de esto,* continúa el historiador sagrado, *cayó enfermo, se sintió desfallecer; vió segura su muerte, dividió los estados que esta iba á arrebatarle; y habiendo reinado doce*

años, falleció. En esto viene á parar toda aquella gloria: aquí concluye la historia del gran Alejandro.—La historia de Jesucristo no comienza ciertamente de un modo tan pomposo, pero tampoco concluye con tan lamentable decadencia. Cierto es que en ella hay caidas: se puede decir que del seno de su Padre cayó al de una mujer mortal, desde él á un establo, y desde allí, por diversos grados de abyeccion, hasta la infamia de la cruz y hasta la oscuridad del sepulcro. Confieso que no podia caer mas bajo; pero este no es el término á donde viene á parar, sino desde donde empieza á levantarse. Resucita, sube á los cielos, entra en posesion de su gloria; y para que esta gloria que posee se manifieste á todo el universo, vendrá algun dia con gran poder á juzgar á los vivos y á los muertos.»

Bossuet hace un uso igualmente feliz de los escritos de los Santos Padres. Es tan grande como ellos cuando se apoya en su autoridad ó en sus principios. En vez de copiarlos servilmente, se apropia todo lo que adopta, no siendo menos original cuando cita ó traduce, que cuando inventa. Así, pues, por poco sensibles que seamos á las bellezas de la elocuencia, no es posible leerlo de pasada: muchas veces una idea inesperada y repentina nos hace caer el libro de las manos y nos obliga á suspender la lectura para entregarnos al sentimiento de la herida que nos ha producido.»

Un juicio tan acabado, tan exacto, tan minucioso, tan poco comun como el que hace el A. Henry de Bossuet, es superior á cuanto de él pudiéramos nosotros decir; por esto hemos preferido trascribirle á mutilarle. Muchos otros elogios desearíamos acumular en este momento; pero sobre ser muchos de ellos conocidos, parecennos despues de lo dicho innecesarios.

De lo que en manera alguna podemos prescindir, es de trasladar algunos trozos de los discursos de Bossuet, siquiera en esto tengamos que desaprovechar muchos de los que teníamos traducidos y analizados.

Dignidad real y sacerdocio de Jesucristo.

En medio de los padecimientos y de la muerte se manifiesta Jesús, nuestro Rey y nuestro Pontífice.

«Vosotros que en otro tiempo os escandalizásteis de ver correr la sangre de mi Maestro, vosotros que habeis creído que su muerte violenta era un signo de su impotencia. ¡Ah! si entendiésteis un poco no más de sus misterios. La cruz de mi Rey es su trono, la cruz de mi Pontífice su altar. Esa carne destrozada constituye la fuerza y la virtud de mi Rey; esa misma carne destrozada es la víctima escogida por mi Pontífice. La sangre de mi Rey es su púrpura, la sangre de mi Pontífice es su consagración. Mi Rey se ha establecido, mi Pontífice se ha consagrado con su sangre, y de este modo es el verdadero Jesús, el único Salvador de los hombres. ¡Oh Rey, Salvador y soberano pastor de nuestras almas! derramad sobre mi corazón una gota de vuestra preciosa sangre, á fin de abrasarlo, y una gota sobre mis labios, á fin de que se purifiquen hoy que deben pronunciar con mucha frecuencia vuestro santo nombre!....»

Jesús, durante el curso de su vida mortal, hacia, por decirlo así, alarde de su humildad; cuando sabe que se acerca su última hora, entonces habla de gloria, y trata únicamente con sus discípulos acerca de sus grandezas. Hallábase en la víspera de su infame suplicio. Ya había celebrado aquella misteriosa Pascua que al día siguiente debía terminar derramando su preciosa sangre: el discípulo traidor acababa de salir de su habitación, para poner en ejecución el detestable con-

venio que había hecho con los Pontífices, y no bien se hubo este retirado de su compañía, mi Maestro, que no ignoraba su pérfido y execrable designio, como si súbitamente le arrebatase un ardor divino, habla de esta manera á sus Apóstoles:—En este momento, dice, el Hijo del hombre vá á ser glorificado: *Nunc glorificatus est filius hominis*.—¡Ah! hermanos míos, ¿qué vá á suceder? ¿qué quiere decir este *ahora*? pregunta muy oportunamente el admirable San Agustín. ¿Piensa elevarse sobre una nube, para arrojar rayos contra todos sus enemigos? ¿ó se propone hacer bajar legiones de ángeles para que el mundo todo le rinda el homenaje de respeto á que es acreedor?....

Nó, de ningún modo, no lo creáis. Vá á la muerte, al suplicio, al más cruel de todos los tormentos, á la última de las infamias; esto es lo que él denomina su gloria, este es su reino, este es su triunfo.

Os ruego contempleis á mi Salvador en aquel solemne día, en que hizo su entrada en la ciudad de Jerusalem, poco antes de ser crucificado.

Ved, ved esa muchedumbre de todas condiciones y edades, que le preceden corriendo con palmas y ramos de oliva en la mano en señal de regocijo, y que para dar á conocer su celo en tan santa ceremonia, hacen resonar el aire con sus clamores de alegría.—Bendito sea, decían, el hijo de David: viva el Rey de Israel: *Hosanna filio David, benedictus qui venit in nomine Domini rex Israel*. Y en medio de aquellas felices aclamaciones entra en la ciudad. ¿Qué nuevo proceder es este tan distante de su conducta ordinaria? ¿cómo es, quiero que me digais, que le gustan los aplausos, á él, que habiendo sido buscado en otro tiempo por una gran muchedumbre de ciudades y pueblos, con ánimo de proclamarse Rey, se retiró enteramente solo á la cumbre de una elevada montaña para evitar su encuentro? Hoy escucha á todo ese pueblo que en alta voz lo llama su Rey; los fariseos celosos advierten que imponga silencio al entusiasmo popular, el Salvador les contesta:—Nó, nó; las piedras gritarán, si estos no

gritan bastante alto: *Si hi tacuerint, lapides clamabunt.*

¿Qué podremos decir, os pregunto, acerca de un cambio tan inopinado? aprueba lo que rechazaba; acepta hoy una dignidad real que en otro tiempo habia rehusado. ¡Ah! no busqueis otras causas; consiste en que es la vez última que entra en Jerusalem, y entra para morir, y morir para mi Salvador es reinar. En efecto: ¿cuándo se le ha visto comparecer con un aspecto mas resuelto y con una dignidad mas augusta, que en el tiempo de su pasión? ¡Cuánto me deleito viéndole ante el tribunal de Pilatos, desafiando, por decirlo así, la magestad de Roma, por medio de la generosidad de su silencio!

Penetre Pilatos cuantas veces quiera en el pretorio para preguntar al Salvador, *Este* solo contesta á una de aquellas preguntas. ¿Y cuál pregunta es esta, hermanos míos? Admirad los secretos de Dios. El presidente romano desea oír de su boca si Jesus es verdadero Rey; y el Hijo de Dios, oyendo hablar de su dignidad real; El, que habia permanecido en silencio á las anteriores preguntas hechas por aquel juez demasiado complaciente, le dice con tono grave y magestuoso: — Sí, positivamente soy Rey: *Tu dicis quia rex sum ego*: palabras que hasta entonces no habian salido jamás de su boca.

Considerad si os place su designio. Lo que nunca habia confesado en medio del aplauso de los pueblos, admirados tanto por el gran número de sus milagros como por la santidad de su vida y su doctrina celestial, empieza á publicarlo en alta voz cuando el pueblo pide su muerte con furiosas aclamaciones. Nunca se manifestó sino por figuras y parábolas á los Apóstoles, que recibían sus discursos como palabras de vida eterna, y ahora confiesa claramente que es Rey al juez corrompido, que, dando una sentencia injusta, ha de clavarlo en la cruz. Jamás dijo esto cuando ejecutaba acciones de un poder divino; y lo declara al hallarse dispuesto á sucumbir voluntariamente en la última de las ignominias humanas. ¿No es esto obrar fuera de tiempo? Sin embargo, la sabiduría eterna es

quien ha dispuesto todos los tiempos. Pero ¡oh maravilloso proceder fuera de propósito! ¡oh admirable secreto de la Providencia!

Yo os comprendo, Salvador mio: es que haceis consistir vuestra gloria en padecer por el amor de vuestros pueblos, y no quereis que se os hable de dignidad real, sino en el momento mismo en que por medio de una gloriosa muerte vais á librar de una esclavitud eterna á vuestros miserables vasallos. Entonces es, y solo entonces, cuando confesais que sois Rey.....

Por esta razon, mis amados hermanos, no me admiro cuando solo veo en su pasión señales de su dignidad real. Sí; á pesar de la rabia de sus verdugos, aquellas espinas formarán una diadema, digna corona de su paciencia, aquella débil caña se convertirá en cetro entre sus manos, y aquella púrpura ridícula se trocará en púrpura real tan luego como se halle teñida con la sangre de mi Maestro. Cuando oigo al pueblo esclamar que el Salvador merece la muerte, porque se ha hecho Rey, positivamente, digo yo entonces, estos furiosos hablan mejor que piensan, pues mi Príncipe debe comenzar á reinar por medio de su muerte....

¿No os habeis tomado nunca el trabajo de sondear aquel hermoso título que los enemigos de mi Maestro pusieron sobre su cruz: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS, escrito en grandes caracteres y en tres distintos idiomas para que fuese mas conocido? Ciertamente es que los judíos se oponen, pero Pilatos lo escribe contra su voluntad. ¿Qué quiere decir esto, cristianos? Aquel juez corrompido deseaba salvar á mi Maestro, y únicamente lo condena por complacer á los judíos: estos le piden que cambie aquel título, y él no accede á su ruego y deja entonces de ser complaciente. ¿Cómo explicar esto? Aquel hombre tan débil que entrega un inocente al suplicio por temor de disgustar á los judíos, se muestra enérgico para impedir desaparezcan tres ó cuatro palabras que habia escrito sin objeto, y que al parecer, son de poquísima importancia.

Escribe, pues, ¡oh Pilatos! las palabras que Dios te dicta

y cuyo misterio no te es dable conocer. A pesar de cuanto te digan, no cambies lo que ya está escrito en el cielo; tus órdenes serán irrevocables, porque sirven para ejecutar un inmutable fallo del Omnipotente. Escribese la dignidad real de Jesus en lengua hebrea, que es la lengua del pueblo de Dios; en lengua griega, que es la lengua de los doctos y de los filósofos, y en lengua romana, que es el idioma del imperio del mundo. Y vosotros, griegos, inventores de las artes; vosotros, judíos, herederos de las promesas; vosotros, romanos, señores del universo, venid todos á leer aquel lema admirable y doblad las rodillas delante de vuestro Rey. Muy en breve, muy pronto vereis á ese hombre, abandonado por sus propios discípulos, reunir á todos los pueblos de la tierra bajo la invocacion de su nombre. Muy pronto acontecerá lo que en otro tiempo predijo, que estando elevado fuera de la tierra, lo atraeria todo á sí y cambiaria en máquina celestial el instrumento del mas infame suplicio, á fin de conmover todos los corazones: *Et ego, cum exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*. Muy pronto las naciones incrédulas á quienes estiende sus brazos, vendrán á recibir aquel amoroso ósculo de paz que, segun las antiguas profecias, las debe reconciliar con el verdadero Dios que no conocen. Muy pronto ese crucificado será coronado de honor y de glorias, pues por medio de la gracia de Dios ha sufrido la muerte para todos, como dice la divina Epístola á los hebreos: verá nacer de su sepulcro una hermosa posteridad, y será gloriosamente cumplido aquel famoso oráculo del Profeta Isaías: Si dá su alma por el pecado, verá una larga descendencia de hijos: *Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semem longævum*. Aquella piedra desechada de la construccion será la piedra angular y fundamental que sostendrá el nuevo edificio; y aquel misterioso grano de trigo que representa á nuestro Salvador, habiendo caido en la tierra, se multiplicará por su propia corrupcion; es decir, que el Hijo de Dios caerá de la cruz al sepulcro, y por medio de una admirable repulsion, todos los pue-

blos se postrarán á sus piés: *Populi sub te cadent*, decia nuestro salmo.....

Apareced, apareced, ya es tiempo, ¡oh cruz! que habeis ejecutado tantas maravillas. Vos sois quien habeis destrozado los ídolos; vos quien habeis subyugado los pueblos; vos quien habeis dado la victoria á los valerosos soldados de Jesucristo, y por quien todo lo sufrieron con paciencia. Vos sereis grabada en la diadema de los reyes, sereis el principal ornamento de la corona de los emperadores, ¡oh cruz! que sois la alegría y la esperanza de todos los fieles. Deduzcamos, pues, de todo este discurso, que la cruz es un trono magnífico, que el nombre de Jesus es digno de un rey; y que un Dios que bajaba á la tierra para vivir entre los hombres, no podía hacer nada mas grande, nada mas real, nada mas divino, que salvar á todo el género humano por medio de una muerte generosa.....»

Bossuet, despues de haber tratado rápidamente la segunda parte de su discurso, dice:

«¡Oh pueblo de Jesucristo! si el Hijo de Dios es tu verdadero Rey, procura prestarle obediencia ciega.....»

¡Ah! ¿podré esplicaros en este momento con cuánto empeño solicita vuestro amor? Es Rey por nacimiento, por derecho natural, y ha querido serlo por cariño y por benevolencia. Es menester, dice, que yo liberte á esos desgraciados cautivos. Podria realizar mis deseos de otro modo; pero quiero salvarlos muriendo por ellos, á fin de obligarlos mas á que me amen. Iré arriesgando mi vida, iré vertiendo mi sangre para arrancarlos de la muerte eterna. No importa, lo haré con gusto; solo quiero que me amen, solo les pido esta recompensa para hacerles reinar conmigo.

Hermanos míos, decidme, ¿qué nos ha hecho Jesus, que siendo el mejor de los príncipes, no puede conseguir nuestro afecto ni suavizar la dureza de nuestros corazones?...